

NOTAS

JULIO CORTÁZAR, UN MENDOCINO OCASIONAL (A TRAVÉS DE SU *IMAGEN DE JOHN KEATS*)

Dolly María Lucero Ontiveros*
Universidad Nacional de Cuyo. CONICET

A partir de una reseña de Fernando Sánchez Sorondo sobre *Imagen de Keats* de Julio Cortázar¹, la figura del escritor y la del profesor, que siempre hubo en Cortázar, se vuelven más nítidas para el comentarista actual.

Como agudamente señala Sánchez Sorondo, “aunque póstumo, este libro da la impresión de corresponder a un escritor plenamente vivo, un nuevo prodigio de Cortázar”. Esa es la sensación que nos deja su lectura, que en mi caso particular rememora las clases oídas en las soleadas aulas de la Facultad de Filosofía y Letras, en un invierno mendocino ya lejano.

Entonces, el profesor Cortázar tenía la virtud de trasladarnos en el tiempo a países brumosos, calles y mares nunca transitados ni estrevistos, cuando revivía para sus oyentes apasionantes lecturas de los románticos franceses e ingleses y de los simbolistas europeos, con su tono de voz ligeramente gutural y el subrayado de sus largas

* A Gloria Videla de Rivero.

¹ Fernando Sánchez Sorondo. “Sentido lúdico. El libro propone al lector diversos abordajes”. *Imagen de John Keats*. Por Julio Cortázar. *La Nación*, domingo 26 de mayo de 1996.

manos ante un párrafo esclarecedor de un texto, confirmando una idea o señalando un matiz que, al pasar, puntualizaba la lección.

No creo que sospechara entonces la huella permanente que dejaba en la mente de sus alumnos su apertura intelectual a diversas corrientes estéticas, su incitante invitación a la lectura, a nutrirse de las múltiples formas de expresión de las artes de todos los tiempos para comprender mejor el pensamiento universal.

Esa continua invitación a escuchar la voz de los poetas, dramaturgos y novelistas, a contemplar la belleza en pinturas, en joyas arquitectónicas y en la naturaleza, el llamado a comprender la música, aparece a cada paso en el libro que manejamos y es como el eco de aquellas recomendaciones de clase, de charlas informales, de interrogaciones sobre lo leído, que después germinarían en sus discípulos de ayer.

*De Imagen de John Keats*², escrito en la década del 50, admirable en muchos sentidos, nos ha parecido interesante entresacar para su comentario las esporádicas referencias que hace de sus vivencias mendocinas, tan solicitadas hoy por los estudiosos.

Y las inicia, nada menos, con un poema, cuyo acápite es un verso de don Luis de Góngora, a quien lo dedica. A propósito de Góngora, si me lo permiten, entraré en un nuevo excursus rememorativo.

Me consta la admiración de Cortázar por don Luis de Góngora por una especie de repaso o apretada síntesis de la poesía española de los Siglos de Oro, que nos hizo, a Norma Solanes y a mí, en una ocasión un tanto insólita: nos encontrábamos como únicas oyentes de una clase que no dictó, por determinadas circunstancias que afectaron a sus alumnos del cuarto año de la carrera, a quienes correspondía la clase a la que no pudieron concurrir, y en la cual nosotras éramos, como en la jerga estudiantil de entonces se decía, "coladas".

Tuvimos que explicarle nuestra situación -que hubo de divertirlé- pues, ante nuestro azoramiento, con amabilidad pasó a pregun-

² Julio Cortázar. *Imagen John de Keats*. Buenos Aires, Alfaguara, 1996.

tarnos sobre nuestras lecturas y ocupó el tiempo de su clase dándonos una magnífica lección sobre la poesía de Garcilaso de la Vega y de don Luis de Góngora, distinguiendo, como hoy puede leerse en su libro, las diferencias que los separan:

“¿Le gusta a usted Góngora? Yo confieso mi preferencia por Garcilaso, pero no es preferencia excluyente ni mucho menos; admiro en Góngora las virtudes que admiro en Mallarmé: la economía, el amor al lenguaje como instrumento, la dificultad, el combate empecinado contra la página en blanco. Ese tipo de poeta es la más grande lección viva de poética, en especial para los jóvenes que editan sus primeros cuadernos líricos, donde todo es tan “inspirado” (?), tan rotundo y sonoro [...]”³.

Y en su Keats:

“La línea botticelliana pasa a ser un lujo, enrarecimiento estético, como el arte de Góngora frente al temblor vital de Garcilaso”⁴.

Consideremos ahora el poema con que comienzan las referencias del autor a Mendoza. Este tiene la intención de un “Divertimiento”. Está implementado como una invitación a gozar del verano. Cortázar invita al poeta inglés a quien imagina en el invierno “en medio de galernas y celliscas” a contemplar y vivir el estío. Le dice:

³ Carta personal, Buenos Aires 30 de setiembre de 1946.

⁴ *Ibid.*, p. 79.

“Voy a tentarte con un recuento, con noticias suntuosas, apenas creíbles [...] aquí son así las cosas, caracol escucha el

MEMORIAL DEL ESTÍO

A Don Luis,
en campos de zafiro

El hidromiel, las peras, las peonías,
tanta guirnalda de color y aroma
creciendo al arrebató de los días

entre azul moscatel y ardida poma,
sombra de la alta sed sus rubias alas
que restituye la estival paloma.

¡Oh cetrería del verano, galas
de tulipanes ensoberbecidos
para el neblí que tiembla entre las calas!

Azores del cenit, cuántos heridos
reyezuelos sangrando en los malvones,
garrás de luz y verdes estallidos!

Hora de albercas y de camaleones...
Los dulces rododendros se levantan
a la frescura de los paredones,

recinto de caléndulas que cantan
su siempre anaranjada pastorela
fragante de canela, y se adelantan

bajo la gracia de la citronela”.

A su amigo, a quién lúdicamente llama “caracol”, le regala “un

recuento” de plantas, de frutas y de flores, de bebidas y de aves, una cornucopia con “noticias suntuosas” de sensaciones, de colores; referencias a cetrerías de fábula donde se deslizan versos con sonido y sabor gongorinos (“tanta guirnalda de color y aroma”; “sombra de la alta sed sus rubias alas /que restituye la estival paloma”), junto a otras referencias que remiten al poeta inglés (“azores del cenit, cuántos heridos /reyezuelos [...]”; “horas de albercas y de camaleones [...]”) y otros con cadencias musicales (“recinto de caléndulas que cantan / su siempre anaranjada pastorela [...]).

Ahora bien, Cortázar poeta necesita fijar el lugar y la circunstancia de su acto creador, necesita precisar aquello que lo motivó a escribir esas “noticias [...] apenas creíbles” para nuestros oídos ávidos de hoy y lo explica al caracol diciéndole “aquí son así las cosas”:

“Esto era Mendoza en el verano del 44, incendio de los jardines donde el color desnudaba los ojos. Se estaba entre las cosas con una quemante cercanía, comunicado por lo meridiano. Arrasado de sol en los cerillos de Lunlunta, compartiendo su lengua sedosa con las piedras del arroyo seco, mi mano tomaba los guijarros como si su calor fuera también una viva piel, un contacto de la piedra a mí, un encuentro a mitad de camino. Eran las horas altas, los días alciónicos, el tiempo de Endimión.

(Hay un cuadro de Juan del Prete, *Día de fiesta*, que da exactamente esta medida, este recuerdo)⁵.

En esta ocasión, apelo a las vivencias de los mendocinos. ¿Quiénes no han experimentado en un mediodía de verano la sensación del “incendio de los jardines”, “la quemante cercanía de las cosas”, el resplandor de “los arroyos secos”, la presencia viva de

⁵ Cortázar. *Op. cit.*, p. 79.

“las piedras” que transmiten su misterio?

Vivencias todas sentidas y recreadas por un Cortázar treintañero, que se nos aparece enmarcado en un paisaje tan nuestro como el de “los cerrillos de Lunlunta”, devuelto con su irrenunciable mensaje de belleza donde no faltan las alusiones clásicas ni su saber pictórico.

Del paisaje y del instante circunstancial sorprendidos por la pupila del escritor en la plenitud del día, pasaremos al mundo mitológico y a sus símbolos particularmente al de la noche. En el análisis del “Endimión” de Keats, el crítico apunta:

“John ha hecho de la Luna el símbolo de este contacto de los dioses con lo terreno, repitiendo la fabulación mitológica con la cual se expresa poéticamente el inconsciente colectivo -que crea a los dioses para que miren hacia la tierra”⁶.

Y desde allí pasa a reflexionar sobre la influencia de los astros sobre los hombres, especialmente la de la Luna, cuyo poder se perfila sobre los llamados lunáticos, “que a través del mundo se reconocen y se cambian signos secretos”. Entre aquéllos a quienes la Luna “conmueve el corazón” están algunos seres cuyo recuerdo aparece muy vívido en la nostalgia cortaziana:

“[...] ese muchacho de pelo negro, que corre de noche por los caminos de Adrogué, alunado y herido, las hermanas que me recibían en su casita de Bolívar, que subían a las terrazas como imágenes cartaginesas, como lemures plateados, [...] el galope entrecortado -oh parredones de Godoy Cruz de Mendoza-, el alto quejido del lobizón bajo el suplicio de los plenilunios”⁷.

⁶ *Ibid.*, p. 133.

⁷ *Ibid.*

Al Cortázar intimista que aflora en los recuerdos que recrea en París, se le ofrecen muy claros momentos de su paso por Adrogué, Bolívar o Mendoza y ellos quedan incorporados a esta época de su producción literaria. En el último ejemplo de “los lunáticos”, alude a la creencia, muy arraigada en el pueblo, de la existencia del “lobizón”, uno de los mitos folklóricos más activos y sugestivos de la tradición⁸.

Aún falta señalar cómo también le llamaron la atención los viejos paredones construidos con adobes de caña y barro, fieles testigos de la antigua ciudad de Mendoza, edificada como las de la colonia, que fue destruida por el terremoto de 1861.

Estos testimonios pueden encontrarse todavía especialmente en los departamentos próximos: Las Heras, Godoy Cruz, Guaymallén, Luján... y Cortázar se acogía “a la frescura” de su sombra.

Otro elemento ahincadamente mendocino aparece en esta trayectoria de la nostalgia. Dice escuetamente:

“Pienso en las viñas que se desbordan por todos lados en el cementerio de Godoy Cruz en Mendoza, la presencia dionisiaca arrancando un último fruto solar a la negación que se alinea en grises teorías [...]”⁹.

Los viñedos en esos años que Cortázar pasó en Mendoza eran presencia viva, muy cercanos a las zonas urbanizadas, potencial de riqueza para la provincia y motivo de orgullo de sus habitantes. Ese paisaje casi olvidado se adelanta y recobra su vigencia cuando el escritor lo sitúa en Godoy Cruz y lo universaliza, acercándolo a otros frescos en los cuales se ofrece el contraste entre las fuerzas de la vida y de la muerte. Aquí en Mendoza, la vida desborda las mo-

⁸ Cfr. Justo Sáenz. “Lobizones”, en *Literatura y Folklore*, T. II. *El folklore en la literatura*. Selección por el Dr. Raúl Cortázar. Capítulo, Buenos Aires, Centro Editor América Latina, 1980, pp. 69 a 72. Agradezco a Gloria Videla de Rivero y a Marta Castellino sus asesoramientos bibliográficos sobre el tema.

⁹ Cortázar. *Op. cit.*, p. 168.

radas de la muerte, buena definición para esta tierra que en medio del desierto edifica jardines y huertos.

Pero volvamos del Cortázar contemplativo al docente. Recuerdo su decidida expresión cuando en una oportunidad, establecido ya en Buenos Aires, trabajando en la Cámara Argentina del Libro, le pregunté por qué no retornaba a sus tareas de cátedra, pues lo hacía con tanto entusiasmo y fervor. La réplica fue inmediata: “¡Porque yo quiero ser escritor, no profesor!” Cumplió su propósito pero ¡cuánto perdimos sus alumnos! En el libro que analizamos, a propósito del tratamiento de la alegría que produce el descubrir a un poeta, el autor nos relata:

“Recuerdo un día de Mendoza, la charla con un joven alumno de mi Facultad. Era en un café -donde a veces las clases se hacían más gratas que en las frías aulas- y el chico, moreno y de ojos violentos, murmuró de pronto el nombre de Burns. Para mí, que lo miraba, fue dicho con toda la cara, con la curva de la mano dibujando en el aire un vuelo de maravilla. ‘Robert Burns! ¡qué poeta!’ No sabía gran cosa de él, apenas leía inglés. No importaba: el impacto primero, el más terrible y luminoso, le da la entrevisión en la ignorancia, la sospecha del milagro. Conocía unas pocas estrofas de Burns, me había oído contar su historia en una clase; era bastante. ‘¡Que tipo formidable!’ , decía felicísimo. ‘Y qué manera de mamarse!’”¹⁰.

Destacamos el recuerdo amable de uno de los alumnos de su Facultad (me atengo al posesivo en el texto: “de mi Facultad”), hasta casi podríamos identificarlo por su descripción y, por fin, sin proponérselo, señala el poder comunicativo de sus clases, que provoca la reflexión del alumno conmovido por unas estrofas de Burns y por

¹⁰ *Ibid.*, p. 183.

la excelencia de su profesor, quien le había brindado los elementos imprescindibles para entrever la grandeza de un poeta.

A manera de escolio señalamos la admiración que provoca en el alumno un detalle de la vida de Burns, su afición a la bebida, expresada de viva voz con ese enunciado muy mendocino: “¡Qué manera de mamarse!”, que el autor recoge con entusiasmo de lingüista¹¹.

Y abandonamos a Cortázar en este itinerario ocasional tan placentero, porque nos lo ha devuelto con la mirada atenta y el ánimo abierto a lo imprevisto, con la cordialidad viva de su persona capaz de detenerse ante la maravilla de lo creado, mientras vivía inmerso en sus obligaciones de catedrático “Dios sabe que nunca me he sentido catedrático y sí estudiante; cuestión de juventud interior, que prefiero conservar a salvo todo lo posible”¹²; aunque su estampa última en su Keats se encuadre en “treinta centímetros de cátedra”:

“[...] por mi parte me veo paseando a la vera de una acequia, en Mendoza 1944, con el tomito de la Everyman dedicado a Coleridge y descubriendo cómo ‘El ruiñeñor’, escrito en 1798, precede a John en la reivindicación vital del ruiñeñor, acabando con el prejuicio de su tristeza”¹³.

Y como el ruiñeñor se aleja hacia las islas dotadas, pero siempre regresa, así Cortázar, mendocino ocasional, retorna a Mendoza -“que tanto significó para mí y que extraño tanto”-¹⁴, en el ámbito imperecedero de la atmósfera de aquellos días de 1944-1945, época en que la Facultad de Filosofía y Letras tuvo grandes maestros que dejaron huella.

¹¹ “Mamarse” es recogido como argentinismo en el *Diccionario crítico etimológico* de Joan Corominas. Madrid, Gredos, 1954. 4 tomos.

¹² Carta personal mencionada en nota N° 3.

¹³ Cortázar. *Op. cit.*, p. 320.

¹⁴ Carta personal mencionada en nota N° 3.

RESUMEN:

La autora evoca un período de la vida de Julio Cortázar: la época en que fue profesor de Literatura Francesa y de Literatura de Europa Septentrional en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, en 1944-1945. En ese período escribió, dio clases, dictó una conferencia, se involucró en la política universitaria. La autora del artículo, entonces su alumna, recuerda sus clases y esboza su personalidad. Posteriores encuentros y el intercambio de correspondencia le permiten agregar otros aportes para el conocimiento de la vida y obra del escritor.